

La Maravillosa Aventura de las Colonizaciones

Bajo el Signo de la Cruz y la Espada (Primera Parte)

HERNANDO GAITAN L.

*Aquí, junto al mar latino,
digo la verdad:
Siento en roca, aceite y
vino, yo mi antigüedad.*

Rubén Darío.

La España que creemos conocer

En nuestras publicaciones anteriores desfilaron pueblos de las más variadas condiciones étnicas, sociales y políticas, por regiones y lugares que les eran desconocidos, pero a donde los llevó su determinismo económico. En su discurrir por esos mundos dimos cuenta de sus hechos y sus obras, inspirados siempre en los sentimientos de espontaneidad y justicia que despiertan los actos heroicos, la audacia, la temeridad y la fe. Sí, de todo ello dimos cuenta, sin dejarnos influir por sentimientos personales, pasiones, prejuicios religiosos y políticos, respetando siempre la opinión autorizada de aquellos, que gracias a su voluntad y a su espíritu investigativo, desvelaron hechos y cosas ignorados durante mucho tiempo.

Hoy, al referirnos a los españoles, a quienes nos ligan tantos vínculos, dentro de una comunidad de sangre y espíritu que data ya de varios siglos, experimentamos esa perplejidad que nos invade siempre que nos ocupamos de nuestros defectos, cualidades o virtudes. Y ello es así, porque hispano-americanos y españoles nos identificamos cada día más, en nuestra posición frente a los dictados de la historia. Trabajoso es pues, en sumo grado, hablar de nosotros mismos con esa relativa propiedad con que solemos ocuparnos de las demás gentes. Bajo esta convicción, guiándonos por los que nos han precedido en la difícil empresa de apreciar y juzgar del carácter, de la trayectoria y de los objetivos alcanzados por los españoles, trataremos de ofrecer una imagen, lo más cercana posible de

la que creemos traduzca el temperamento, el estilo y los ideales de este pueblo, único quizás, por sus actitudes y contrastes. Y obviamente decimos quizás, porque los mismos españoles han tenido dificultades para captar plenamente el pensamiento y la filosofía de un conglomerado humano que presenta diferencias tan notables de unas regiones a otras, desde su nacimiento hasta los días que corren.

Aun cuando es evidente que todos los países que pueblan la tierra, revelan diferencias de unas zonas a otras de su territorio, en el caso español podemos afirmar sin incurrir quizás en error, que su mundo es distinto del de los europeos, vario y lleno de contrastes. Sin embargo, también podríamos decir, que España es una a pesar de la diversidad y de las contradicciones, sin incurrir tampoco en equivocación. En este plano un tanto paradójal para muchos, bien vale traer a colación una parte del famoso discurso que Tucídides pone en boca de Pericles al referirse a los atenienses caídos en la guerra del Peloponeso: "Empezaré por los antepasados: la patria quiere ofrecerles el título de su emocionado recuerdo. Esta tierra que, al correr de los tiempos y de las generaciones ha sido habitada por nosotros y con el valor de haberla conservado libre. Nuestra constitución no es copia de ninguna ley extranjera; antes al contrario, sin imitar servimos de ejemplo a los demás. Somos el único pueblo de nuestro tiempo que, en los momentos de prueba, se revela superior a su reputación. No necesitamos historiadores, como Homero, para celebrar nuestras glorias. Nuestra audacia ha hecho que las tierras y los mares se nos hayan abierto y entregado y hemos dejado para bien o para mal, monumentos eternos.

El pasado español, pese a las apreciaciones y a las consideraciones a que han llegado los investigadores de su historia, continúa todavía sin desvelar plenamente. Para el caso bien vale recordar, que uno de sus historiadores contemporáneos, español auténtico, don Rafael Altamira, comienza su obra *Manual de Historia de España*, refiriéndose a sus primitivos pobladores, con esta frase por demás reveladora: "Probablemente vinieron de Africa". Pero, como quiera que nosotros no vamos a aportar tampoco luces sobre el origen de este pueblo, sino que apenas aspiramos a relatar parte de sus hazañas colonizadoras, seguiremos adelante rezando sólo ciertos aspectos

que puedan influir sobre la apreciación del espíritu emprendedor de los españoles, de su sentido de lo heroico y de su fe y convicciones en su propio destino.

Aparte, sin embargo, de estas cualidades, es necesario hacer notar, que así como el conocimiento de Dios no lo alcanza la mente humana más que por la contemplación de las criaturas, así el mundo de la mística, siempre tan oculto a primera vista, puede captarse fácilmente en España por la visión de ciertas manifestaciones de la piedad, del culto, de la liturgia y del arte que se desprenden de sus expresiones arquitectónicas, de su poesía sagrada, de su estatuaria, de los lienzos inmortales y de las costumbres y prácticas, surgidas del volcán que arde en el alma española.

La Trayectoria de los españoles en sus primeras épocas

Antes de ocuparnos de los tres estadios de la anexión americana, descubrimiento, conquista y colonización, comprendidos dentro de los reinados de Fernando el Católico, Carlos V y Felipe II, conviene tratar sobre las primeras instituciones de los antepasados de los españoles, para lograr una cabal apreciación de las condiciones tan especiales que han precedido a la formación de un estado tan heterogéneo.

En la España primitiva la idea de patria comprendía apenas ciudades o cuando más regiones. Carecía de esa conciencia de unidad superior a la tribu, para oponer a las invasiones una resistencia nacional. Esta condición habría de pesar duramente en el camino de su integración y auspiciaría inevitablemente la proliferación de reinos y estados, en continua oposición unos con otros.

Así, para la concreción de sus instituciones demandaría un largo proceso de conformismo frente a las circunstancias impuestas por los hechos cumplidos.

De la agrupación primaria integrada por un conjunto de familias, unidas por lazos de parentesco, que desemboca en una Asamblea de Cabezas de Familia, régimen que prevaleció entre celtas y celtíberos, los colonos fenicios implantarían en Cádiz en vez de aquella influencia, otra constituida por los miembros de la clase mercantil, que fácilmente abriría cauce

a su presión, precisamente por el régimen fraccionado de su territorio, favorable al desarrollo de la economía comercial de aquellos pueblos traficantes. En otra región, el Almuñecar (Granada), donde elementos helénicos procedentes de Asia Menor fundaron Ampurias y Manaiqué, se entronizó la organización oligárquica de la metrópoli griega, apoyada en un senado vitalicio.

Luego, la dominación romana apoyada por las legiones, implantó en las distintas zonas instituciones administrativas, calcadas del imperio. Más tarde, cuando éste entró en decadencia, los visigodos introdujeron su organización tribal primitiva, pero sometida a la influencia romana, que dió barniz jurídico a la constitución comunitaria. Fue así como con formas visigodas y esquemas romano-bizantinos, surgiría la España católica, que habría de experimentar el impacto islámico en su orden socio-político.

Con la reconquista española, pero acusando inevitablemente la influencia islámica, se conformarían instituciones feudales, bajo los patrones de la Edad Media.

Es, dentro de esa concepción política, como habrían de degularse los destinos de España y sus colonias.

La Unidad Nacional

La España del cuatrocientos iniciaba apenas un movimiento de unidad para consolidar o fundir un estado integrado por regiones acostumbradas a la autonomía y al ejercicio de un poder totalmente feudal. Esta tierra ibérica en la geografía del continente que ha forjado la cultura occidental, ha sido puente y cruce de caminos y terminal de largos viajes. Por ella transitaron las más diversas oleadas de pueblos y culturas. Apenas conocía de los cambios profundos que venían experimentando los demás países europeos allende los Pirineos, de su estabilidad política, de su unidad geográfica y de sus avances industriales. Aun cuando su estructura nacional estaba constituida por una gran variedad de grupos étnicos e históricos, los españoles del siglo XV se identificaron y concertaron bajo el mismo ideal heroico de la reconquista del suelo patrio. En busca de su unidad, a la cual sólo se oponía el último reducto

en poder de los asiáticos y africanos, se encaminaron en 1492 las huestes de asturianos, navarros, castellanos, aragoneses y catalanes.

Las repercusiones del mestizaje

España, más que ninguna otra región europea, pasó por un mestizaje tan intenso y tan vario, que aún hoy día se revela a simple vista en la cambiante fisonomía de una región a otra de su territorio continental. Pero, con todo, hasta el advenimiento del siglo y de nuestra era, ella presentaba casi todas las mismas características espirituales de sus vecinos europeos. Fue a partir del siglo VIII cuando estas condiciones se modificaron sustancialmente por obra de una nueva hibridación, que se cumplió y se prolongó por espacio de ochocientos años. Con esta última fusión, ya no sólo se registraron modificaciones étnicas, sino que España se convirtió en depositaria del inapreciable legado de las riquezas estancadas de las civilizaciones de Oriente. Este acontecimiento, que tanta influencia habría de ejercer en el destino español, fue obra de guerreros, sabios y artistas. Sus autores, los árabes, cultos y refinados señores de la aventura y de la guerra, protagonizaron una de las más extraordinarias páginas de la historia. Este maravilloso acontecimiento incidiría directamente, con características dramáticas, por el influjo conquistador, apasionado y fogoso de los árabes, sobre todo los pueblos y razas que moraban al otro lado del mar.

Fue así, como esta intrusión tan controvertida en un principio, pero ya sopesada, aceptada y hasta idealizada por escritores, arabistas, poetas y muchos notables españoles, tuvo repercusiones en otras latitudes y en otros mundos. Entre aquellos españoles que reconocieron el influjo arábigo, uno de sus más notables poetas, al hablar de Granada, expresa su melancólica evocación, reconociendo ser "el nardo del árabe español". La fusión de las razas de la Península, árabe, españoles de varias regiones y berberiscos, que se llevó a efecto a partir del 930 con la caída de Toledo, desarrollaría en los nuevos productos una mentalidad política, a la que no serían indiferentes la monarquía absoluta y el despotismo administrativo. Para ellos, esta forma de gobierno constituiría una tradición

iniciada por los emperadores romanos y continuada por los reyes visigodos, hasta su final en 711 a manos de Tarik, a orillas del Wadi-Becca.

La España de la Edad Media

El auge de Castilla fue el gran acontecimiento del Medioevo. Naves de variada procedencia tocaban en Cádiz y Sevilla, esta última puerto de tránsito y almacenado, con sus anexos en Sanlúcar, Huelva y Palos. A esta capital mercantil y bancaria, acudían marinos bretones, vascos e ingleses, y albergaba una colonia poderosa de banqueros florentinos y genoveses, futuros comanditarios del tráfico hacia el Nuevo Continente. Sus productos, trigo, garbanzo, vinos de Jerez, aceites, jabones, pieles, cochinilla, fruta seca y atún en conserva, competían ventajosamente en todo el ámbito mediterráneo. Además, enviaba a Génova el mercurio y el cinabrio de Almadén. Cádiz era una de las primeras encrucijadas mercantiles de Occidente, y Sevilla, una capital del oro, lo que explica el auge del mundo ibérico y sus éxitos coloniales.

Este influjo medieval de la economía ibérica acreció la influencia de los marinos castellanos y portugueses en los mercados e itinerarios marítimos de Occidente. Sus barcos que señoreaban el Tirreno, obrando como imán poderoso, atraían hacia el mar a las gentes de Oporto, Lisboa, la Coruña, Santander, Bilbao, Bermeo, Deva, Portugalete, Lequeitio, Ondárroa, Zumaya y Motrico. En el Mediterráneo, sus flotas navegaban al servicio de las grandes ciudades italianas.

Lo que sucedió en Barcelona

Aun cuando ya la historia no debe orientarse hacia los protagonistas y ha distanciado un tanto al héroe y a la sucesión de reinados y de contiendas armadas, para darle curso cierto a la valoración preferente de los grandes sucesos sociales, identificados con la técnica y la economía, y no circunscritos exclusivamente a lo espiritual y político, la proeza de italianos y españoles en la empresa colectiva de la "ampliación de Europa y el alumbramiento de América", nos impulsa a enmarcar a Colón en el cuadro espectacular y vibrante que nos presenta Paul Herrmann, aquel 24 de junio de 1493 en Barcelona, donde

tiene lugar una extraña peregrinación: "Abren la marcha servidores reales, con ropajes en rojo, oro y blanco, que ostentan las armas de Aragón y Castilla. Siguen luego monjes y penitentes, en sus cilicios, descubiertas las cabezas bajo el sol ardiente, con cirios encendidos en las manos. Detrás de los ligeros y brillantes palaciegos, los monjes parecen insignificantes y poco atractivos y sus esfuerzos por mantener derechas las hachas de cera que se empeñan en torcerse bajo los ardores del sol, constituyen una fuente de escandaloso regocijo para el pueblo sencillo que se alinea en las calles para gozar del espectáculo. Pero, en un momento dado cunden el silencio y el estupor. Las cabezas se adelantan, los ojos brillan. Ahí vienen: Son cinco hombres, vestidos con cilicios como los monjes, pero sin cirios. Orgullosas se proyectan sus narices aguileñas sobre unos rostros anchos y de color de cobre. Flota el cabello negro azulado. En algunos una cinta coloreada ata el haz de pelo, y de los moños salen, a modo de abanico, unas plumas exóticas. Indios, gentes de ultramar: Súbditos del Gran Khan de Asia. Hasta en sus cogullas parecen extraños y amenazadores. Y cuando uno de los mirones se santigua y pronuncia la jaculatoria habitual de las gentes de Extramadura, "acórrenos virgen Santísima de Guadalupe", inclínase los vecinos de derecha a izquierda. Oyese un susurro, un murmullo a todo lo largo del camino. Como un cuchicheo, un quejido, acompaña el paso de los indios, los cuales lo notan extrañados, hasta que al fin preguntan. Y cuando oyen que la santísima virgen de Guadalupe es esencialmente propicia a los guerreros, manifiestan gran interés, pues ellos también son guerreros. Allende el vasto mar, en su patria, todos los hombres llevan armas... Los campesinos, los mendigos y los comediantes, los tullidos, las mozas y los señores, que alineados a uno y otro lado del camino fijan la mirada en el horizonte, saben bien quien se acerca. Es uno de los grandes del mundo que Pide absolución de sus Pecados. Es el Almirante, el vencedor del Océano, el hombre que ha descubierto tierras en la margen opuesta de las olas infinitas.

Pero al lado de lo fantástico y espectacular, en aquellos tiempos era muy apremiante la demanda del oro. Por ello, mientras avanzaba la peregrinación extremeña, jinetes misteriosos cubiertos de polvo galopaban por los caminos que lle-

van al Mediterráneo. Así, muy pronto, en la última semana de marzo, la Señoría de Florencia recibió la noticia de que expedicionarios castellanos, conducidos por un genovés, habían descubierto al Oeste del Océano una gran isla habitada por seres humanos, abundante en algodón, oro y especias.

Y por intermedio también de sus servicios secretos, recibieron la nueva los industriales y comerciantes de Génova y Nápoles. Ellas, como Florencia, que hasta entonces habían vivido de la importación del oro africano y de las especias de oriente, llegadas por la ruta de la seda y los caminos de Constantinopla, tomaron conciencia del enorme peligro que se cernía sobre sus lucrativos negocios.

Nadie se hubiera atrevido y vaticinar entonces, que el destino de aquellas opulentas y soberbias ciudades se había consumado con el descubrimiento de un Nuevo Mundo. Para ellas, a partir de entonces, de aquel crucial momento de la historia de la humanidad, el tiempo habría de detenerse, pero avanzaría raudamente en otros lugares cuya estrella asomó y se abrigó gracias a las malas artes de aquel iluminado, al decir de muchos, "judío, moro y medio brujo".

Por causa suya, en la opulenta Italia se verían los muelles desiertos y los almacenes vacíos. Y con el correr de unas pocas generaciones, el comercio y el tráfico se alejarían del Mediterráneo y de las ciudades alemanas, para asentarse en España y Portugal. A la vocinglería de las ansiosas multitudes sucederían muy pronto el silencio y el olvido. Y quien habría de pensar que a partir de este momento se eternizarían las viejas casas, los palacios, las iglesias y catedrales y las ruinosas fortificaciones. Ya nadie los reconstruiría. Ya nadie innovaría aquellos museos habitados, por cuyas calles habían de transitar los turistas del mañana. Aquellas calles donde se agitaron, lucharon y murieron las gentes del Medioevo y del Renacimiento. Venecia, Florencia, Rávena, Pavía, Brujas, Rotemburgo, Augsburgo, Nordlingen y otras muchas, al perder su tráfico comercial, se convertirían apenas en ciudades muertas.

Lo que pasaba por la mente del señor Almirante

Todo esto no lo presiente el Almirante, quien mientras la peregrinación avanza por las sinuosidades de las sierras,

paso a paso vuelve con sus pensamientos a la regia Italia, a "Génova la Superba". En su mente se atropellan los recuerdos de infancia y adolescencia, y los inicios y luego las batallas de su dura existencia. El pasado comienza a hablar. Recuerda, cuando se inclinaba sobre el mapa soñando con una nueva ruta, más rápida y segura, para llegar a las indias orientales en busca de las ansiadas especias y los metales preciosos; y observaba entonces, como todas aquellas tierras incógnitas ocupaban un lugar en la carta de marear. Este testimonio estimulaba a buscar por occidentes lo que hasta entonces había sido patrimonio del aromado y misterioso oriente. Su fantasía había ido acumulando uno a uno datos, algunos falsos, como se lo revelarían las futuras experiencias. Pero en su trajinar con las teorías de los geógrafos de la Antigüedad y del Renacimiento, fue recibiendo la imagen tolemáica de la redondez de la tierra. Sus últimas dudas fueron esfumándose cuando llegó a sus manos el "Imago Mundo", impreso en Lovaina en 1483, donde aparecía expuesta esta tesis por el prelado francés, Pierre D'Ally. Su interior reboza de satisfacción al recordar, cómo por entre la bruma de la fantasía, sus conocimientos fueron ensanchándose y enriqueciéndose con sus largas experiencias en Portugal y España. Allí, la ciencia náutica y las empresas coloniales de Africa y las Canarias, habían logrado desarrollar nociones y principios de explotación de tierras y formación de pilotos y tripulantes.

Y no obstante su ostensible devoción religiosa, notoriamente reflejada en todos sus actos, en el áspero camino de persuadir a una corte fanática y llena de prejuicios morales, constituiría incentivo primordial para sus ambiciones doradas, la búsqueda de una nueva ruta. Pero rechazando la dolorosa evocación de sus años sin rumbo, cuando su inagotable paciencia y tolerancia estuvieron a punto de naufragar en el turbión de las intrigas palaciegas, volvió a engolfarse en los antecedentes de la empresa colonizadora, en que tanto tuvieron que ver Luis de Santángel, Escribano de Ración de la Reina, Gabriel Sánchez, Alonso de Caballería y Juan Cabrera, todos ellos hebreos bautizados, pero buenos cristianos. Y en su mente dió gracias nuevamente a Santángel porque este devoto funcionario, en un rasgo de desprendimiento, ofreció en momento tan decisivo, sufragar de su propio bolsillo los

gastos de la flota y sus bastimentos. Volvió a experimentar cierta angustia al recordar la gruesa suma de que habló entonces Santángel, dos millones de maravedies, aproximadamente seiscientas mil pesetas, sobre las cuales aquél ofreció un préstamo de diez y siete mil florines. Pero él y Santángel eran ambos hábiles negociadores y se llegó pronto a un acuerdo con los reyes de España. Los dos se comprometieron con éstos a invertir cada uno doscientas cincuenta mil pesetas. Desde luego su aporte, ya que él nada tenía, lo cubrieron sus buenos amigos Santángel, de Caballería y Cabrera. Entonces él, recuerda con beatífica alegría, insinuó, que una vez deducidos los gastos de la expedición, su remanente debería emplearse en la conquista del Santo Sepulcro.

La gran empresa comercial del siglo XV

Según el convenio pactado, "él (Colón) habría de recibir el 10% libre de impuestos, de todos los tesoros que llegasen a España de allí, el grado de Almirante del Océano y Virrey Gobernador de todos los territorios e islas que descubriera".

Y fue en Palos de la Frontera o Palos de Moguer, en la desembocadura del río Tinto, donde se habían realizado después de cuidadoso estudio, con la colaboración de Américo Vesputio y otros entendidos, los preparativos para la gran travesía. Con orgullo recuerda, a pesar del momento, que nada escapó entonces a su mente organizada y calculadora. Eligió este puerto por razones muy valederas. La primera, porque de esta comarca habían salido casi todos los capitanes y tripulantes que condujeron empresas españolas al Africa y porque además unía a sus conocimientos náuticos, las experiencias de largas travesías oceánicas. Y segunda, porque esta pequeña ciudad disponía de una flota de carabelas de alto bordo. El mandato de la Corona, para *cristalizar también su aporte a la empresa*, afectó a Juan Niño de Moguer y a Cristóbal Quintero, propietarios de la Niña y la Pinta, respectivamente. Recuerda que la primera visión que tuvo de estas dos embarcaciones despertó en él cierta inquietud al compararlas con las amplias naves genovesas que hacían el enlace con oriente. Ambas tenían un desplazamiento aproximado de sesenta toneladas, calculado posiblemente por los toneles de vino que podían tomar a bordo. Medirían apenas veinte metros de eslora por siete

de manga. Para completar la expedición se fletó la Santa María, que sería el buque insignia, con una capacidad de ochenta toneladas, "panzudo y anchuroso", pero más lento que sus dos compañeras, de líneas afiladas.

Al caer la tarde del 2 de agosto embarcó con su tripulación. Hasta la media noche recibió en su nave, junto con los marineros y hombres de tierra amigos personales y criados del rey que deseaban acompañarle por curiosidad, como si se tratara de un crucero de placer.

Aquella noche vencía precisamente el plazo para que judíos o herejes procedieran a su conversión. Al día siguiente, los renuentes a acoger la orden debían abandonar el suelo español, no obstante que sabios y personalidades hebreas habían preparado para Iberia astrónomos, cosmógrafos y nautas. Todavía le parecía injusto e incomprensible, que entonces se hubiera pasado por alto el respaldo material y las luces y conocimientos que aquéllos aportaron siempre a la cultura española y a sus empresas mercantiles. Esta injusticia le había inspirado entonces vivo desasosiego. Y considerando la dura brega que precedió a las Capitulaciones, volvió a sentir una vaga angustia, un futuro temor, por la inconstancia que suele acompañar generalmente los actos de los Reyes. Ya casi para levar anclas y no obstante hallarse a bordo, donde su experiencia y previsión habían almacenado provisiones para un año, contados por día hombre, medio cuartillo de vino, quinientos gramos de bizcocho, trescientos de carne de pescado, cebollas, legumbres, queso, miel y otros productos de esa región, no se sintió del todo seguro sino cuando los barcos se internaron el día tres en el ancho mar.

Las dudas del Almirante

Reconstruyendo la larga, tediosa e incierta travesía, el arribo por fin a las Indias, su deambular de isla en isla en busca de lo que tanto había prometido, y luego el retorno triunfal, aún cuando accidentado con muestras de oro nada más, experimentó la angustiosa sensación de que un gusano le roía la conciencia. ¿Sería el verdadero Catay a donde condujo la expedición? ¿No era un tanto extraña esa búsqueda, siempre infructuosa del Gran Khan?

“Este hombre serio, de cabeza cana y cara encarnada, de porte majestuoso e imponente, pasó muchos días a solas con los Reyes. Ellos le honraron y distinguieron como jamás un sencillo marino había sido honrado”. De buena gana le otorgaron su autorización para un nuevo viaje. Este segundo lo preparó Juan de Fonseca, sobrino del arzobispo de Sevilla, mientras el Papa Alejandro Sexto entraba a dirimir las pretensiones españolas y portuguesas sobre la propiedad de los territorios, no pertenecientes aún a ningún monarca cristiano.

El 25 de septiembre de 1493 estaban terminados los preparativos. “Diecisiete barcos brillantemente empavesados con mil doscientos españoles a bordo” que conducirían las primeras reses bovinas, ovejas, cerdos, caballos, semillas, de cereales europeos y caña de azúcar.

Pero el ulicida era incansable. Dos viajes más siguieron a éste. Las expediciones cuestan mucho y los resultados se traducen apenas en esclavos famélicos y en el gálico en vez de las especias. Con todo, su aporte en nuevas tierras había sido inmenso. Había descubierto “San Salvador, Concepción, Exuma Grande, Isla Larga, Islas Mucaras, Cuba, Santo Domingo, las Islas Dominica, Marigalante, Guadalupe, Monserrat, Santa María, San Martín, Santa Cruz, Puerto Rico, Jamaica, Trinidad, el Golfo de Paria, la costa de Cumaná, las Islas de Tobago, Granada, Margarita, Cubagua, las islas Caimanes, Martinica, Limonares, Guanaja, las costas de Honduras, Mosquitos, Nicaragua, Veragua, Costa Rica, Porto Bello, Panamá, Islas Mulatas y el Golfo del Darién”.

Había dialogado con los hombres de tez cobriza, que andaban desnudos. Con sus dotes de etnógrafo y su penetrante mirada, analizó juiciosamente a estas desprevenidas criaturas, que asían las espadas de los españoles por el filo y se cortaban las manos. Anotó para sus futuros informes que eran bien hechos, de buena estatura y buenos gestos. También consignó que debían ser buenos servidores y que fácilmente se harían cristianos. Apreció en ciertos lugares que los nativos eran tan blancos como los españoles, o de tez más blanca que los guanches de las Canarias. Al describir su estado paradisiaco, no contaminado aún por la cultura occidental, se convirtió en el precur-

sor de "*la leyenda del buen salvaje*", que habrían de alimentar intelectuales de la talla de Rousseau. Pero he aquí que la obsesión del oro vuelve nuevamente a conturbarlo: "yo estaba atento y trataba de saber si había oro, y vide que algunos de ellos traían un dedazuelo colgado de un agujero que tienen en la nariz...".

Pero el precioso metal fue casi siempre muy esquivo. Sus mensajeros que recorrían incansablemente todos los lugares a donde llegaba la expedición, regresaban a sus reales con la desagradable noticia de que apenas afloraban muestras insignificantes y que nadie hasta entonces había oído mencionar al Gran Khan. Entonces, por segunda vez volvió a sentir que la duda le roía la conciencia. A partir de este momento, su idea, ya que él era hombre de una sola idea y de un solo hecho, se fue haciendo cada vez más fantástica en su imaginación. Recordaba, con "medroso disgusto" que no pudiendo entonces desechar su incertidumbre y temeroso de perder la esperanza, que constituía su fortaleza y su arma más concluyente para combatir la incredulidad que le circundaba por todas partes, había reunido a su gente, y so pena de cien azotes, les había hecho jurar que Cuba no era una isla, sino tierra China. Sus hombres firmaron lo que para ellos era intrascendente, pero Juan de la Cosa, no parando mientes en el juramento, la dibujó como isla en su mapa, algún tiempo después. Y recordaba que él, imperturbable en apariencia había comunicado a la reina, que "sólo un canal lo separaba todavía del Quersoneso de Oro de Tolomeo" (La Península de Malaca) y que Panamá no dista del Ganges más que Pisa de Génova".

Cuando sus ojos se posaron en una especie de cama que los naturales llamaban Hamaca, y sobre la cual descansaban suspendiéndola de los postes de sus casas, se le vino a la mente que en los barcos la podían emplear los marineros para hacer menos tediosas las horas de descanso en las largas rutas oceánicas. Su ansiosa mirada descubrió también que los naturales solían llevar en las manos tizones y ciertas "yerbas" para tomar sus zahumerios, que mantenían en hojas secas, a manera de mosquete, que ellos denominaban tabaco. Y cuando oyó pronunciar la palabra "caniba", que los naturales empleaban para designar a los habitantes de Haití, la cual mencionaban con "admiración y marcado terror", interpretó que aquel de-

bía ser el apelativo de los súbditos del Gran Khan. De esta palabra saldría tarde el vocablo "caníbal", que acompañaría siempre a los pueblos caribes. Y con verdadera decepción observó y comprobó que los sucedáneos de la pimienta, la canela y la nuez moscada, serían de muy poco valor comercial en los mercados y puertos europeos.

En una de las comarcas que recorrió mientras carenaban los cascos de los barcos, un viejo cacique le endilgó un discurso que no habría de olvidar en las horas amargas que le reservaría el mañana: "Hácenos referido el modo como te has hecho dueño de estas tierras que te eran desconocidas, extendiendo tu poder en ellas y que tu presencia ha causado a los pueblos y a los habitantes un gran temor. Creo que un deber mío es exhortarte y advertirte que cuando las almas se separan del cuerpo se abren ante ellas dos caminos: uno lleno de tinieblas y tristezas a los que molestan y castigan el género humano; otro, ameno y lleno de alegrías, reservado a aquellos que durante su vida han amado la paz y el reposo de las gentes. Así, pues, si te acuerdas de que eres mortal y de que las recompensas futuras se miden por las obras de la vida presente, estoy seguro de que no molestarás a nadie". Con pasmo y sorpresa inocultables escuchó estas palabras el Gran Almirante, que a pesar de salir de labios de un salvaje, reflejaban toda la parte humana del cristianismo. Después de intercambiar regalos, dice la crónica, se separaron muy complacidos uno de otro.

Los habitantes de aquella isla que bautizaría con el nombre de San Salvador, "tocaban los vestidos de los españoles con respeto y curiosidad, creyéndose tal vez que eran un plumaje natural y excitó particularmente su admiración el traje escarlata del Almirante. Era evidente que consideraban a Colón como un papagayo de la especie superior de pan fabricado con una raíz llamada yuca".

Cuando en su incansable peregrinar en pos del oro fondeó en la costa de Veragua, cerca del río Belén, allí el metal fue tan abundante a primera vista, que un hombre sólo podía recoger una medida en diez días.

Pero estaba escrito que otros serían los beneficiarios de su descubrimiento y que el oro, las especias y las piedras pre-

ciosas conque tanto soñó, se las arrebataría el travieso e inconstante destino. Su primera mala jugada ocurrió después de haber navegado ocho días consecutivos por el mar de los Sargazos, prado monstruoso, cuyas pegajosas algas decíase que apresaban para siempre a las naves que se aventuraban en él. Todos los expedicionarios, él inclusive, comenzaron a dudar de alcanzar algún día las Indias Orientales. Fue entonces cuando Pinzón, el segundo en la carabela Almirante, lo persuadió que variara el rumbo del derrotero hacia el Sur. Este viraje infortunado hacia el Oeste-Sur-Oeste los conduciría hacia América Central y la del Sur, arrebatándole al gran descubridor, Florida y la América del Norte, que pasaría algún día en bandeja a los afortunados anglosajones. La segunda mala partida tuvo lugar en Cuba. Su decisión de no costearla totalmente y volverse hacia el Este, dejó para Cortés el imperio de Moctezuma, con sus grandes ciudades, sus fabulosas riquezas, sus incontables ejércitos y su tradición de grandes culturas desaparecidas.

El impacto de los viajes del Almirante

Hoy, más que ayer, se aprecia el valor incalculable de su descubrimiento. Portugueses e italianos, fueron después de los españoles, los primeros en enterarse de la tremenda hazaña. Los europeos del Norte de los Alpes lo ignoraron todavía por algún tiempo. En carta dirigida por Pedro Martir de Angleria al Cardenal Sforza, el primero de noviembre de 1493, aún se piensa en islas desconocidas frente al Asia. Por su comunicación se deduce, sin embargo, que fue él el primero en denominar la región descubierta como un Nuevo Mundo, al referirse a Colón como el "Reporter Ille Novi Orbis". Pero quien años más tarde tuvo el mérito indiscutible de afirmar que la región descubierta no era el Asia, sino un Nuevo Mundo, fue otro ilustre personaje italiano, Américo Vespucio, quien en carta dirigida a Lorenzo de Médicis, expresó claramente: "Con perfecto derecho puede darse a estas tierras el nombre de Nuevo Mundo". Su lúcida apreciación puso punto final a las dudas y en una cosmografía editada en Saint Die, se acuñó el vocablo "Amerige o América", causante de la mayor disputa y de la más sorprendente escena de una comedia de confusiones, mantenida por varios siglos entre geógrafos e historiadores, sobre la paternidad del descubrimiento del Nuevo Continente.

El impacto emocional en las Cortes de Europa atestigua por sí mismo la importancia del descubrimiento: ¿Estaría yo ciego? ¿Por qué dejé escapar a ese hombre? Se lamentaba el buen rey de Portugal, cuando escuchó la noticia del feliz regreso. Mostradme el testamento de Adán, profirió el bizarro Francisco I de Francia, cuando hubo de contemplar con los brazos cruzados, que en virtud del Tratado de Tordesillas, España y Portugal se repartían el mundo descubierto por Colón.

Un siglo después que el Almirante pisó tierra en San Salvador, el mundo experimentó una general transformación en todos los órdenes que conmovió el equilibrio político y económico, la condición social, las costumbres y las creencias. Se han desplomado imperios y antiguos dioses.

Unas lenguas reemplazan a otras y unos estilos se truecan por otros. Hay un intercambio de productos y tesoros materiales. Se promueve una gran mestización cuyo proceso de decantación se prolongará por varios siglos. Las enfermedades viajan en las embarcaciones y el azote de la peste diezma regiones enteras en Europa y en el mundo americano. "A las mesas de los burgueses y de los nobles afluyen los productos del trópico: el chocolate, la patata, la piña, la vainilla, el café, el azúcar, la caña, el tabaco y el pavo americano". También aparecen las Maderas tintóreas, el famoso palo guayaco y algo más que habrá de causar una revolución: los metales preciosos.

Los españoles alcanzan la supremacía política

Con el ascenso de los Reyes Católicos al trono español se inicia, una dispersión del naciente estado, que favorecerá la cristalización de sus mayores éxitos y propiciará el advenimiento y la concreción de un período histórico, que puso muy en alto el nombre y el prestigio del pueblo hispano. Del matrimonio de sus hijos advienen alianzas y derechos con las casas de Austria y Alemania y sobre las dilatadas posesiones de Brabante, Hainaut, Flandes, Artois, el Franco Condado, Holanda y Luxemburgo. De Francia obtiene, sin disparar un tiro, Charolais, el Rosellón y Cerdeña. El gran Capitán Gonzalo de Córdoba pone en sus manos Nápoles y Sicilia. En el Africa, el Cardenal Cisneros anima una empresa y procura Melilla, Orán, Argel, Bugía, Trípoli y gran parte de la Costa Berberisca, con

lo cual asestan a sus tradicionales adversarios el clásico contragolpe en los hechos de armas. Colón, en bandeja de oro pone a sus pies un continente.

Esta dispersión geográfica conllevó el desarrollo de una cultura diversificada, que se alimentó al rebasar su fronteras con el aporte muy valioso de los centros intelectuales de Lovaina, Bolonia, Milán y el no muy distante París.

La Península Ibérica desde las Cruzadas había venido acumulando, como los volcanes y los grandes ríos, elementos de potente expansión que sólo requieren las más leve fisura para volcarse y precipitarse a la conquista de los vastos espacios. La obra de unificación de sus distintas regiones feudales y el reajuste y mejora de sus instituciones, emprendida y llevada a feliz término por los Reyes Católicos, removió todo obstáculo y abrió la brecha por donde se precipitó la múltiple materia contenida. No era lógico esperar que esta tremenda fuerza expansionista pudiera ser regulada o morigerada por sus mismos autores. Fue así, como corrientes nocivas de pasión y sectarismo religiosos, dieron curso al desenfreno de instituciones y personajes de terrible significación en el destino de aquellos grupos étnicos, que profesaban nociones religiosas distintas, pero que habían unido su genio y su sabiduría en pro de la formación de valores universales, en toda la gama de la ciencia y del saber humanos.

Sin haber realizado plenamente la importancia del descubrimiento de un nuevo continente, apenas intuyéndolo, Isabel la Católica abandona la gran escena política en donde tan decisivo papel le correspondió desempeñar. Bajo su regío mandato, en el que contó siempre con el apoyo genial y decidido del rey Fernando, España cobró forma y contenidos bien auténticos.

Correspondió a Carlos I, más conocido por Carlos V, la tarea de continuar, consolidar e incrementar la obra modeladora iniciada por sus antecesores. Su recia personalidad llena plenamente la historia de su tiempo, a pesar de que otros dos reyes, dotados de singular valía, Francisco I de Francia y Enrique VIII de Inglaterra, le disputan la hegemonía y el dominio del mundo occidental y que el más célebre de los sultanes otomanos, Solimán II, su enemigo declarado, le hace compro-

meter ingentes recursos en una guerra que cubrió todo su reinado y que se libró con alternativas en la tierra y en el mar. En su lucha por el poder va engarzando nuevos florones a su corona imperial y hasta tanto llega su empuje, que no vacila en hacer hondear sus pendones sobre el territorio papal e imponer sus condiciones al heredero de San Pedro, el mentor de la cristiandad. Con él la historia de España llega al pináculo de su prestigio y da un nombre a este período de éxitos y triunfos consecutivos. Dos acontecimientos a cual más prodigiosos preceden el alborear de este momento histórico, que se denominará el Siglo de Oro. Ambos tuvieron vivencia en la misma época y llevan la misma fecha. De ellos se trató anteriormente, pero bien vale traerlos nuevamente a la memoria, pues en la historia del pueblo español marcan el derrotero de su grandeza y el principio de su decadencia: en 1492 sucumbe el Reino de Granada y con él desaparecen los últimos vestigios de dominación extranjera en la Península, pero también se extingue materialmente la influencia arábica, fenómeno que habría de pesar hondamente en su futuro desarrollo. Los iberos, guiados por un genial visionario, que ha ligado su destino al del pueblo español, descubren un vasto continente que habrá de influir decisivamente en la historia de la humanidad de entonces y en la que habría de concretarse en lo por venir, pero que a la postre contribuyó al debilitamiento del poder español, dentro de un cúmulo de acontecimientos adversos. Con Carlos V, España alcanza su máximo poder y él es el dueño de un mundo, en el que según sus propias palabras, no se pone el sol.

(Continuará)